

# El placer de la burla. Un lector colaborador del Quijote

María Stoopen

## El juego de espejos

Sí, como dice Sergio Fernández,<sup>1</sup> la escritura en el Quijote constantemente se resta a sí misma —la multiplicidad de autores, las innumerables correcciones y contradicciones, las inestables identidades, la permanente elipsis...—, la lectura, en cambio, es además de acumulativa, omnipresente. En el Quijote todos leen: el escritor, cuyas lecturas actúan en la tarea de estructurar la obra, al tiempo que establecen un diálogo activo con la tradición literaria y contribuyen a la rica trama intertextual de la novela; los narradores que para llevar a cabo su tarea, han de leer documentos de archivos, al tiempo que conocen las novelas de caballería que vuelven loco al protagonista y toman ante ellas una distancia crítica. El hidalgo manchego, cuyas solitarias lecturas lo transforman en un ficción y extemporáneo caballero andante, para quien esa literatura es fuente obligada de inspiración en sus hazañas; muchos de los personajes también leen —cartas, recados, poemas, novelas, el propio quijote...—; algunos realizan el antiguo papel de lectores públicos ante un grupo de escuchas,<sup>2</sup> y otros son críticos literarios y aun escritores. Además, existen un lector implícito, “entidad humana abstracta que se halla en condiciones de responder a todas las exigencias que le plantea la estructura apelativa”,<sup>3</sup> y el lector real que volvea las páginas del libro, a cuyo proyecto poético dará, por fuerza, una respuesta insuficiente. Entre el lector implícito y el real habrá siempre una asimetría insalvable.

En el interior del relato y desde el exterior, unos a otros se miran leer; de aquí resulta un infinito juego de espejos que termina por confundir los planos de la realidad y la ficción, a la vez que funda el vértigo de la autoría, pues, siguiendo la metáfora de Jorge Luis Borges:<sup>4</sup> si personajes engendrados por

<sup>1</sup> Cfr. Cap. IX. “Ausencias y menudencias”, de su “Esbozo para una estructura interna del Quijote”, en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Trillas, México, 1993, p. 17 ss.

<sup>2</sup> Cfr. Margit Frenk. “Los espacios de la voz”, en Concepción Company Company (ed.). *Amor y cultura en la Edad Media*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, México, 1991, pp. 9-17.

<sup>3</sup> Alberto Vital. *El arriero en el Danubio. Recepción de Rulfo en el ámbito de la lengua alemana*, Instituto de Investigaciones Filológicas. Centro de Estudios Literarios, UNAM, México, 1994, [Letras del siglo XX], p. 22.

<sup>4</sup> “Magias parciales del Quijote”, en *Otras inquisiciones. Obras completas*, t. II (1952-1972), 18a. ed., Emecé, Buenos Aires, 1989, pp. 45-47.

Cervantes como el cura escrutador de la biblioteca del hidalgo lee *La Galatea*, hija del mismo padre, y algunos personajes de la segunda parte del Quijote han leído la primera —los dos, libros que circulan por el mundo—, no sólo dichos personajes lectores trastornan los planos real y ficticio al transitar entre ellos y proponer la posibilidad contraria, esto es, que el lector real sea entonces un ser de ficción. Asimismo, abren la inquietante pregunta en cuanto a qué creador, al igual que el de los personajes cervantinos, está pensándonos a nosotros en el momento que leemos *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Este asunto, al igual que todo en el *Quijote*, es abismal.

Como consecuencia, siguiendo la lógica borgiana, la participación en el *Quijote* de un lector anónimo inventado por Cervantes, que viene leyendo las hazañas del caballero manchego y que por su cuenta resuelve participar en la novela con el fin de que la historia no muera debido a que el autor que la está relatando carece del material necesario para que continúe, esa intromisión nos autoriza a pensar que a los lectores reales de *El ingenioso hidalgo* nos habrá de perturbar el inminente peligro de que la obra, solícita de nuestra participación, nos devore y corramos el riesgo de abandonar nuestra Estancia en la realidad para ser atrapados por la letra escrita del universo de la ficción, tal como en su momento, le sucedió al sosegado hidalgo de la Mancha.

### La escena congelada

El episodio narrativo al que nos referimos sucede entre los capítulos 8 y 9 de la primera parte. En este punto, antes de que el relato del primer narrador se interrumpa, don Quijote y su contendiente el Vizcaíno se amenazan de muerte. Es en este instante climático de la batalla cuando el narrador, con tajo certero, congela la escena después de relatar por segunda ocasión la ofensiva de don Quijote al Vizcaíno —incidente narrado cinco veces en total: las dos a cargo del primer narrador, una por cuenta del lector ficticio convertido por su intervención en segundo autor, la “pintura” del cartapacio árabe y la última por la pluma de Cide Hamete—.

### Ficción de la autoría: multiplicación/dilución de narradores

Aquí sobreviene la declaración del narrador en el sentido de que el autor de esta historia la deja pendiente “en este punto y término” por no haber hallado “más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas” (I, 8, p. 275), con lo cual resulta que hasta aquí, el relato de este lance ha estado a cargo de un narrador(1)<sup>5</sup> con identidad distinta de este primer autor(2) que, a su vez, ha nutrido su historia de unos escritos no identificados, necesariamente salidos de la pluma de terceros(3). Sin embargo, la estafeta es inmediatamente pasada a un segundo autor(4) de esta obra, quien, rebelándose contra las leyes del olvido que amenazan a tan curiosa historia, confía en que los numerosos ingenios de la Mancha (5 y n) cuenten en sus archivos con la información necesaria para poder seguir adelante con ella.

<sup>5</sup> Los números entre paréntesis señalan a las personas que intervienen en el fenómeno de multiplicación de todo tipo de colaboradores.

El cambio de capítulo —del 8 al 9— lo es no sólo de la persona gramatical que narra, quien se transforma de una tercera, testigo de los acontecimientos y cauce de la multiplicación de autores, en una primera del plural. (Con el verbo “Dejamos”, inicia el capítulo, el cual hace solidarios al narrador —cualquiera que esté en turno—, al lector y “todos los circunstancias”). Dicha persona, ya singularizada, es el segundo de los autores que recogen el quehacer del primero y se convierte en el capítulo 9 en un nuevo sujeto narrativo(6), que no es más que nuestro lector (7), inconforme por no hallarle continuación a la historia: “Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto” (I, 8, p. 276). Una vez más, como le ocurrió al primer narrador, las funciones de este lector-narrador se multiplican —o ¿se fragmentan?, o ¿se fortalecen?, o ¿se diluyen?—, y asume su reciente tarea con la convicción, nacida del código caballeresco, de que a don Quijote, como a todo caballero andante no ha de faltarle el sabio que haya escrito sus aventuras

Esta certeza que lo lleva a concebir la existencia de un autor hipotético(8), tras cuyas huellas se pondrá este nuevo lector-narrador, lo hará entregarse a la misión de encontrar los escritos que permitirán conocer, al menos, el desenlace de la aventura entre Don Quijote y el Vizcaíno, al tiempo que coloca a los caballeros andantes en el dominio de la literatura oral, al utilizar los versos de Petrarca —paradoja de por medio— para hacer saber que de ellos *dicen las gentes*(9) *que van a sus aventuras*.<sup>6</sup> Es incuestionable que, por necesidad de la lógica caballeresca —la que del mismo modo funciona para don Quijote, quien por su cuenta imagina al suyo propio—, este autor hipotético exista al igual que los otros sabios(10) que han dedicado sus escritos a los demás caballeros andantes. Dicha lógica es seguida por el nuevo narrador —lector no sólo de *El ingenioso hidalgo*, sino, como es obvio, de otras novelas de caballería— quien se hace responsable de la continuidad de la anécdota con tal certeza que lo lleva a encontrar más adelante, en Toledo, los cartapacios con el material que permitirá continuar el relato. Por ello, este segundo lector-autor suplanta al primero, quien, desalentado por la falta de información y desfallecimiento en la fe caballeresca, se disculpa y abandona la empresa: “en aquel punto tan dudoso —informa el primer narrador— paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podía hallar lo que della faltaba”. (I, 9, p. 276) En tanto que el nuevo lector-autor, según atestigua el mismo primer narrador, “no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo en que se contará en la segunda parte.” (*Ibidem*).

### Funciones del lector-autor

La calidad de lector de este nuevo autor-narrador tiene algunas implicaciones de importancia en su intempestiva y trascendente irrupción en la novela. En primer lugar, emerge de éste la masa anónima de lectores —el cual puede ser

<sup>6</sup> Vid, nota 3 de p. 276 de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición de Justo García Soriano y Justo García Morales, 12a. ed. 4a. reimp., Aguilar, Madrid, 1981. Cito de esta edición.

cualquiera, uno mismo— que ha seguido hasta este punto las aventuras de don Quijote y Sancho y, ante la inminencia de terminación de la novela —amenaza que se cierne sobre ella aún antes de que el lector real empiece a leerla, puesto que está presente en el prólogo en boca de su autor-, este lector anónimo toma a su cargo la prosecución de la historia, ya contagiado, mimetizado con la mente libresca de don Quijote y adherido por completo a los principios caballerescos que rigen su mundo. Como lector conoce asimismo el contenido de la biblioteca del ingenioso hidalgo, la cual, capítulos atrás pasó por el escrutinio del cura y del barbero, y es, además, lector lo suficientemente enterado como para discernir la actualidad de la historia de don Quijote por la presencia en el acervo de dos libros “modernos” reconocidos por él, dato que —y aquí yace el nudo borgiano— hace saltar al héroe de la página literaria a la realidad histórica contemporánea de la novela, a la inversa de este autor que, siendo lector “externo” se introduce de la vida al interior de la novela, en estos momentos en que la narración flaquea, comprometiéndose temporalmente en sacarla adelante. Del mismo modo, dada la presunta historicidad de don Quijote le es fácil al lector-autor suponer testigos que hubieran presenciado sus hazañas, por lo que deduce que su historia “estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas” (I, 9, p. 277) —testimonios asimismo presentes en el prólogo—, lo que lo hace fluctuar frente al origen literario del héroe al acudir a fuentes bien escritas, bien orales. Por todo ello, el lector que es cada uno de nosotros llega a la conclusión de que el *Quijote* es asunto de muchos y que en él ha metido o puede meter mano prácticamente todo mundo.

Además, con su inconformidad de dejar la narración inconclusa en donde la abandona el primer autor, este segundo, en su papel de lector, recoge y busca poner remedio a la insatisfacción de sus congéneres, los lectores frustrados por la suerte de la novela, quienes siempre ávidos, si el relato es bueno, quieren —según E. M. Forster— saber más para saciar su curiosidad.<sup>7</sup> Por el servicio que nos ha hecho, los lectores de todas las épocas sabemos que hemos contraído una deuda con él no sólo moral y estética, sino también económica. Y a él mismo, aunque de manera modesta, no se le escapa el valor de su trascendental intervención.

Y, para concluir con este importante encargo que se asigna a sí mismo tan diligente lector, hay que señalar que su afición “a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles” (I, 9, p. 278), conduce su empeño hasta dar con el cartapacio en cuyo interior se encuentra la buscada historia que, en un acto más de ilusionismo y siguiendo el gusto cervantino de la multiplicación de nombres para un mismo objeto, resulta ser la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Manete Benegeli, historiador arábigo, el hipotético autor caballeresco, nacido de la extrema ironía cervantina, la cual provoca que las aventuras de este campeón de la cristiandad como lo es todo caballero andante, estén recogidas por la pluma y en la lengua de un escritor árabe(11), su sabio idó-

<sup>7</sup> Cfr. Aspectos de la novela. Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, 1961.

neo. Este hecho hace necesaria la participación de un traductor(12), de cuyo buen desempeño dependen ahora —y a la vez han de agradecer— los lectores de lengua castellana, los verdaderos destinatarios de la novela, ...y también los lectores de otras lenguas, ya que de esta última se harán en lo futuro las demás traducciones. Y en este caso nos preguntamos con Jacques Lacan, quien a propósito de “La carta robada” de Poe se interroga si “no es el hecho de que todo el mundo sea burlado lo que constituye aquí nuestro placer”.<sup>8</sup>

### La historia árabe y la historia castellana

Es tal la fortuna con la que todos hemos corrido gracias a los excelentes oficios de nuestro lector-autor, que el original arábigo muestra no desmerecer frente al castellano, pues contiene, además de la continuación de la historia, comentarios y hasta ilustraciones. Y, por si fuera poco, empalma puntualmente con la versión castellana incompleta, no sólo en el texto, sino en el contenido de los comentarios al margen, ya que el primero de ellos que al azar lee el morisco aljamiado que se hará cargo de la traducción, se refiere a Dulcinea, invocada en la novela por don Quijote al inicio de la batalla con el Vizcaíno, mención que, por ser reciente, flota todavía en la conciencia del lector, quien puede fácilmente hacer la asociación con la nota que sobre la misma dama hace al margen el comentarista árabe (13): “Esta Dulcinea del Toboso, *tantas veces en esta historia referida*, dicen que tuvo mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha” (I, 9, p. 278). Todo lo cual, ironía de por medio, complica inmensamente las pesquisas para identificar a lo autores-lectores de la novela, que quedan francamente a la vez que multiplicados diluidos, puesto que este comentarista de la segunda parte en árabe —que puede ser Cide Hamete u otro— es a su vez lector de la primera, la castellana, y quien lee la anotación es el moro traductor que, si se ríe es porque ha captado el sentido de la ironía de la glosa en la cual a Dulcinea —ojo: no a Aldonza— se le otorgan habilidades que la igualan con la aldeana, lo que quiere decir que este nuevo lector, el comentarista árabe, está al tanto de la identidad cambiante de la dama con que es tratada en la novela. Al mismo tiempo, los sujetos de la enunciación, o sea, quienes conocen y *dicen* los atributos de Dulcinea, son equiparables a la *vox populi*(14), que bien puede ser la de la gente de la aldea o la de los numerosos ingenios de la Mancha.

Antes de informar el contenido de la traducción del morisco, el lector-autor despliega su pluma, después de haberla ocupado en reseñar los pormenores de sus indagaciones, para explicar la pintura al natural que aparece en el primero de los cartapacios hallados y que muestra la batalla de don Quijote con el Vizcaíno “*¡puestos en la misma postura que la historia cuenta!*” (I, 9, p. 279). Esta, la cuarta ocasión en que se describe la misma escena, supera a las demás no sólo en su calidad plástica —la cual no sabemos a quien atribuir, si al pincel del pintor

<sup>8</sup> “El seminario sobre ‘La carta robada’”, en *Escritos 2* (1966), trad. Tomás Segovia, 7a. ed. en español, siglo XXI, México, 1981, [Psicología y Etología], p. 17.

(15) que allí la puso o a la pluma de nuestro buen lector-autor—, sino en sus picantes comentarios, los cuales, sin duda, son producto del talento de este último, quien no abandona su valioso cometido sin antes poner en guardia al lector —que en un futuro próximo quedará en manos de Benengeli— sobre los riesgos de que el autor de la siguiente parte sea árabe. En este sentido, el descubridor de los cartapacios se vuelve ahora lector crítico(16) que, a partir de este momento, despierta en los lectores de la novela la irremediable sospecha sobre la veracidad de la historia y la credibilidad de su autor, el historiador árabe. Si “ninguna [historia] es mala como sea verdadera” (1, 9, p. 280), entonces, la *Historia de don Quijote de la Mancha*, recién descubierta, adolece de toda garantía.

184

### Contradicción autor-héroe

Nuestro lector, ahora crítico de los cartapacios, saca el mejor partido de la contradicción creada por Cervantes, autor oficial del Quijote(17), que consiste en la invención de un héroe español tratado por un escritor moro. Si la historia no cumple con la verdad no es a causa de ser invención pura, sino porque su autor es arábigo y, por lo mismo, mentiroso y enemigo *nuestro*, posesivo que resume en un grupo solidario a Cervantes, al presente autor junto con los demás autores sustitutos, al caballero y su escudero, a los ingenios y la buena gente de la Mancha, así como a los lectores contemporáneos, todos ellos españoles y cristianos, gente veraz y libre de sospecha ante la Santa Inquisición. Si las hazañas del héroe antes que alabadas son silenciadas, se debe a la enemistad de su autor y a su incapacidad de ser un historiador verdadero y no apasionado. Al final de esta antiapología del autor árabe que contiene las necesarias demarcaciones y, antes de entregarnos la traducción y de abandonar la narración en primera persona, el lector-autor se compromete con un peculiar juicio sobre la historia por la cual tantos afanes empeñó; en él deslinda —como si fuera posible y, si lo es, debe ser porque el personaje y su historia existen *antes o fuera* de la novela y con una vida independiente de su creador— las virtudes tanto de la historia como las del héroe, de las probables fallas de su autor: “En esta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en *la más apacible*; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto” (1,9, p. 280). Lindo alegato —¿de quién?, ¿de este autor?, ¿de Cervantes?— que resulta un excelente remedio para curarse en salud, un mero gesto de coquetería.

El autor moro responsable de la segunda parte de la historia, auxiliado por el traductor, entra en materia directamente con una narración en tercera persona y, después de describir una quinta vez, con brevedad aunque con dramatismo, la escena suspendida, continúa con el relato de la batalla y su desenlace, como si nada hubiera pasado, ignorante de que la novela misma con sus avatares acaba de saltar como protagonista para reclamar la atención que le es debida. Y, para colmo, recién iniciada su tarea, el árabe solicita amparo de algún otro autor para que relate lo que él se siente incapaz de hacer: “¡Válgame Dios, y quién

será aquel (18) que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera!" (I, 9, p. 281).

Por su cuenta, la anécdota amenazada cobra vigor y prosigue voraz, sin apercibirse del esfuerzo de los numerosos colaboradores —18 en total— que intervienen para sostenerla. Nosotros, lectores reales, aliviados, continuamos la lectura dispuestos a conocer no sólo el final del incidente con el Vizcaíno, sino muchas otras prometedoras historias. Sin embargo, nuestra identidad quedará, sin remedio, confundida entre la ficción y la realidad.